



Una tradición contemporánea

Bruguera ha sido una de las primeras industrias culturales del país. Antes de ella hay pocos precedentes. Cifesa es, puede ser, el más notable. Fue pionera en el descubrimiento de la cultura de masas, a donde iban destinados sus productos, tanto el cómic como la novela popular. Por eso el título de la exposición es “Factoría de humor Bruguera”. Como tal, desempeñó un papel de primera magnitud en la construcción del imaginario español de la posguerra. Y específicamente en el terreno del humor, que le permitió llegar a sectores sociales muy diversos, sin distinción de clase o edad.

Publicación tras publicación, el humor de Bruguera adquirió coherencia y continuidad. Sus viñetas tienen voluntad universal e intemporal, como es propio del género, pero, al mismo tiempo, son deudas de la evolución de España década tras década y constituyen una crónica encriptada de las desventuras de un país que busca escapar de sus fatalismos históricos. El argumento se repite: el juego de las expectativas que siempre resultan fatalmente frustradas. Pero los objetos de deseo cambian: en los años cuarenta el anhelo principal es una cosa tan elemental como comer, porque el hambre corría libre por las calles; en los sesenta ya se pensaba en el piso propiedad o en el acceso al privilegio de las vacaciones pagadas.

Las historias de Bruguera son al mismo tiempo crueles y enternecedoras como la vida misma. La marca de la casa es un cierto masoquismo fraternal, que desemboca en la microviolencia en las relaciones personales pero de una manera que incita a reír. El lado *naif* –una cierta ingenuidad destructiva– está presente en los personajes, testimonios desgraciados de la realidad que siempre están con un pie fuera de la realidad.

En el proceso de construcción de la exposición, se ha puesto de manifiesto la actualidad y la pervivencia del modelo de humor de Bruguera. La recuperación de los cómics de Bruguera no es sólo una operación melancólica. Es, sobre todo, una actualización de las fuentes de humor que sigue latiendo aunque sea en un formato y unas exigencias de medios nuevos. Se podría decir que en la España de la posguerra se consolidaron tres tradiciones humorísticas: el humor sarcástico y esperpéntico que tiene en el cine de Berlanga y en los guiones de Azcona su expresión más feliz; el humor cutre y casposo de Paco Martínez Soria y Alfredo Landa; y el humor de Bruguera, testimonio de la mala vida, de las frustraciones y de una cierta rebeldía latente en la sociedad española.

El éxito cinematográfico de *Mortadelo y Filemón* es una confirmación de que la tradición pervive. Siguiendo el camino de la factoría Bruguera, podemos encontrar tanto el Almodóvar de *Laberinto de pasiones*, como La Cubana o la serie televisiva catalana *Plats bruts*. Y, sobre todo, éxitos recientes como *Siete vidas* o *Aquí no hay quien viva*, verdaderas apoteosis en la elevación de la fraternidad sádica a suceso de cultura de masas. Bruguera captó algunas fibras profundas del país. Y aquí radica su éxito. España ha cambiado, pero hay rasgos que perviven y que emergen de la corteza de la piel de toro para aparecer en las casas de los españoles por la puerta del televisor, sin distinguir casi entre nacionalidades y regiones. Revisitar la factoría Bruguera es, en este sentido, un ejercicio que nos permite incorporar otras perspectivas a la comprensión de la cultura popular de hoy. Porque parece que la risa de los pueblos tiene algunas constantes capaces de sobrevivir a cualquier revolución.